

Freddie's legacy

By Sean O'Hagan

Como Madonna o Elton John o incluso Maria Callas, Freddie Mercury se convirtió finalmente, gracias a la pura dimensión y ubicuidad de su fama, en una de esas estrellas cuya fama acaba por trascender a su trabajo. Es decir, entró en el panteón popular, un famoso que ya no era principalmente famoso por lo que hacía – escribir, grabar y cantar canciones – sino simplemente por quien era – Freddie Mercury, megaestrella. Por supuesto que en alguna medida esa ha sido siempre la naturaleza imperecedera de una fama que se alimenta a sí misma: con el tiempo llegas a ser famoso simplemente por ser famoso.

Hoy en día, no obstante, vivimos en una era en que la fama ha colonizado la conciencia pública como nunca lo había hecho hasta ahora, en la que las minucias de los famosos, y cada vez más de los semi-famosos, transmitidos por unos medios de comunicación voraces, llegan a influir en nuestra imaginación de forma a veces inquietante. El desfile sin fin de falsas estrellas de segunda y tercera división, cuya embotada mirada, repetida ad infinitum en las páginas de la prensa amarilla y las revistas del corazón, refleja nuestro propio interés ahito y ha abaratado el valor, la divisa de la fama. En el proceso nos hemos casi endurecido ante el atractivo de una auténtica estrella, la verdadera estrella. Casi. Freddie Mercury, afirmo, fue una verdadera estrella.

A veces no lo veíamos, particularmente nosotros los críticos que estamos cada vez más buscando el significado que se encuentra más allá de lo obvio, pero siempre estuvo allí, delante de nuestras narices. Freddie Mercury tenía esa cualidad estelar, ese carisma, esa presencia – llámalo lo que quieras – a raudales. Para empezar, tenía una comprensión intuitiva del contrato entre el famoso y el público que le adora, y lo aplicaba al estilo antiguo, al estilo de Hollywood en sus mejores tiempos. Por ejemplo, tanto en el escenario como fuera de él, era más Liza Minnelli que Mick Jagger. Era del mundo de la farándula y era del mundo de rock and roll, pero en definitiva era mucho más farándula que rock and roll. (Y estoy hablando de la farándula de la vieja escuela – Garland, Astaire, incluso Valentino, con quien Freddie, solo medio en broma, a menudo se comparaba: "Soy un auténtico romántico, igual que Rudolph Valentino".)

Tenía el profesionalismo de la vieja escuela, y desde el mismo comienzo, una comprensión precoz del contrato que incluso el rock and roll exigía: "Hoy en día, la música y el talento no bastan. Tienes que poder hacer más que componer una buena canción. Tienes que cantarla, envolverla... Tienes que aprender a venderte a ti mismo, y aprender a tratar con todos los aspectos del negocio desde el principio mismo... Tienes que saber salir y cogerlo, utilizarlo y hacer que trabaje para ti... Tienes que dárselo a las masas... Se llama la venta de uno mismo".

Si hubiese vivido durante la primera época dorada de Hollywood, o en los albores de la época del rock and roll, o si hubiese florecido durante los psicodélicos años sesenta, uno tiene la impresión de que Freddie Mercury se hubiese puesto manos a la obra con ambición, inteligencia y estilo para llegar a ser grande. Era sencillamente su naturaleza; pensaba, actuaba, vivía a lo GRANDE. También sabía cómo mantener el sentido del misterio, y un sentido de privacidad. Sabía cuánto debía darle a sus fans, y cuánto guardarse para sí mismo y su círculo de íntimos. Era un empedernido organizador de fiestas, y un donador de regalos, abrumando a cada oportunidad a sus auténticos amigos e íntimos con obsequios escogidos con tino, a menudo extravagantes. Vivió la vida a manos llenas, a la manera de una auténtica diva.

Con percepción retrospectiva, pues, es posible situar a Freddie Mercury dentro de un linaje, o una tradición que se encuentra todavía más fuera del pop y del rock and roll de lo que nos gustaría pensar. Su inclinación por la ópera burlesca - Bohemian Rhapsody, por supuesto, y otra docena de canciones que, aunque no son tan extravagantes, si revelan una cierta impaciencia con los condicionantes del simple rock and roll – es una de las claves de las muchas fuerzas que le dieron forma. Lo mismo se puede decir del tardío florecer de su amor por la ópera y ballet reales, ya que los dos revelan una mente fascinada por el esteticismo y lo exótico, por entretenimientos más antiguos, más coloristas y – esto es tal vez revelador – más exigentes que un espectáculo de rock.

Es posible también, sin indagar demasiado, detectar indicios de Music Hall y Variedades al estilo antiguo en algunas de las letras de Freddie Mercury y en su forma de cantarlas, particularmente durante sus momentos más amanerados, tanto en vivo como en grabación. En su vestuario y su presencia en escena, sus múltiples personajes y sobre todo en esa pasión por el pavoneo, el atildarse, el presumir y todo lo que fuese exageración pura, recuerda también a una magia más antigua de las noches en el circo, el carnaval y naturalmente la ópera. (¿Os acordáis de aquel mono ajustado decorado con enormes ojos falsos? Puro surrealismo de circo.)

Lo que quiere decir que siempre hubo, desde el principio cuando salía emperifollado de satén, gasa y pintañas negro, algo de exótico, algo de otro mundo en Freddie Mercury. Aquellos trajes de Zandra Rhodes, por ejemplo. ¿Qué otro grupo de rock, salvo tal vez los Rolling Stones a principios de los setenta o los incomprensidos e infravalorados New York Dolls, hubiese puesto tanto empeño en conseguir un 'look' tan deliberadamente afeminado en una etapa tan temprana de su carrera? (Es interesante observar que la imagen de Freddie se hizo menos extraña, menos extravagante, a medida que aceptó y acogió su sexualidad, su vestuario reducido a expresiones casi caricaturescas de lo gay – el macho con bigote, el clono de cuero, la drag queen, el narcisista en shorts negros apretados y camiseta refulgente. Pero siempre el toque de humor burlón: el traje de clono de cuero era exactamente el 'look' deseado salvo por las zapatillas de ballet y los calcetines. Es como si tuviera necesidad de burlarse de sí mismo, de su propia vestimenta escandalosa, antes de que lo hiciera otro. Y os pregunto: ¿qué hubiese pensado Freud de todo ello?)

Con ocasión de la Exposición Fotográfica de Freddie Mercury, la celebración póstuma de su vida que tuvo lugar en el Albert Hall de Londres – nada de medias tintas ni siquiera en la muerte – Waldemar Januszczak escribió: "La capacidad de transplantar niveles de fantasía que corresponden a las Mil y Una Noches – esa fue la hazaña de Freddie". Para alguien que se denominaba a sí mismo un simple entretenedor, ese es un logro extraordinario. Creo que en definitiva fue un forjador de hechizos, un creador de personajes, máscaras, mitologías, un fantasista. "Muchas de mis canciones son fantasías. En realidad son sólo pequeños cuentos de hadas. Puedo soñar e imaginarme todo tipo de cosas, porque ese es el mundo en que vivo". Ahora podemos ver que era alguien que literalmente obligaba a sus fantasías, tanto en el escenario como fuera de éste – a revelarse, y tal vez lo que es más crucial, a hacerse realidad.

Con ese fin, su vida fue vivida bajo el resplandor de los focos y del disparador del flash, pero ninguno de los dos pudo robar su alma ni comprometer su dignidad, tal y como quedó demostrado por los acontecimientos de sus últimos años. Siguió siendo un showman, un ilusionista y un camaleón hasta el final; una diva que actuaba para la galería hasta el momento del telón final y un individuo intensamente privado que, incluso en la muerte, lo hizo a su manera. Tan elusivo y mercurial como su nombre adoptado, Freddie Mercury fue único, y el mundo del pop, sin él, es un lugar menos extravagante y con menos glamour. De una cosa podemos estar seguros: no veremos a otro como él.